

NOTICIA

Reúno aquí la mayor parte de los trabajos que he escrito directamente relacionados con el “concepto-metáfora” o el “personaje conceptual” de Caliban. He excluido sólo aquellas páginas cuyas ideas esenciales retomé y amplié en textos posteriores.

Entre “Caliban en esta hora de nuestra América” (1991) y “Caliban quinientos años más tarde” (1992) hay puntos tangenciales, pero ni encontré manera de eludirlos, ni la cercanía es tal que obligue a prescindir de uno de los ensayos. Así que ruego a quien leyere que perdone allí (y no sólo allí) citas y criterios repetidos. A menudo, sin embargo, más que de repeticiones se trata de variaciones, como suele ocurrir en la música.

Al leerse ahora el libro, debe tomarse en consideración que ha sufrido algunas modificaciones. La primera se refiere al nombre mismo del personaje que le da título, y ha pasado a ser palabra llana por razones que aduzco en el último de los trabajos. Pero la mayor parte de tales modificaciones se refiere a la información bibliográfica ofrecida.

Durante décadas, la imagen del complejo personaje de *La tempestad* me ha sido bien atractiva, sin duda porque soy poeta. Pero, dado que amo tanto la poesía como deploro lo “poético”, lo realmente valioso es para mí la zona de la realidad iluminada por Caliban, quien durante la segunda mitad del siglo xx estuvo encarnando en el mundo de las ideas y en el del arte al colonial trabajador. Aunque no se me ocurra pensar que esa sea la única lectura posible de la criatura shakespeareana, cuyos avatares no parecen en vías de extinción. Entre los escritores y artistas que en los últimos años se han valido de Caliban se hallan Suniti Namjoshi, en “Snapshots of Caliban” (1989);

Michelle Cliff en “Caliban’s Daughter: The Tempest and the Teapot” (1991); Kamau Brathwaite, en “Letter Sycorax” (1992); Jimmy Durham, en “Caliban Codex” (c. 1995); Lemuel Johnson, en *Highlife for Caliban* (1995). (Cf. “*The Tempest*” and *Its Travels*, ed. por Peter Hulme y William H. Sherman, Londres, 2000, p. 310.) Si así ocurre en el terreno de la ficción, en el de los estudios la persistencia no es menor. Ello se colige de títulos como *Shakespeare’s Caliban: A Cultural History* (Nueva York, 1991), de Alden T. Vaughan y Virginia Mason Vaughan; el volumen dedicado a *Caliban* (1992), editado y presentado por Harold Bloom, en la serie *Major Literary Characters*, de Chelsea House, y la compilación *Constellation Caliban. Figurations of a Character* (Amsterdam-Atlanta, GA, 1997), editada por Nadia Lie y Theo D’haen. En el prefacio del último de los libros citados, los editores comienzan diciendo que mi ensayo de 1971 “lanzó un llamado a considerar la literatura y la historia no sólo desde el punto de vista de Próspero, sino también del de Caliban”; y después de nombrar obras posteriores, aventuran: “De hecho, toda una nueva disciplina parece haber emergido: la Calibanología”. Al comentar aquel libro, Francisco Lasarte afirma:

Caliban ha demostrado ser un símbolo duradero y flexible que ha sobrevivido grandes cambios en la realidad política latinoamericana y mundial (y, cabe destacarlo, en aquel centro de la calibanología, el mundo académico universitario, sobre todo en Estados Unidos).

Y también:

Irónicamente [...], le debemos al ensayo “subversivo” de un crítico cubano, de un representante del “Tercer Mundo”, la publicación de textos sobre figuras canónicas de la cultura occidental como Shakespeare mismo, William Wordsworth, Ernest Renan y W. H. Auden. (F. L.: “Caliban Superstar”, *Estudio analítico del signo lingüístico. Teoría y descripción*. Bajo la dirección de Bob de Jonge, Amsterdam-Atlanta, GA, 2000, p. 108)

Treinta años después de la publicación inicial del primero de los textos aquí reunidos, el mundo ha conocido enormes cambios. La alternativa no capitalista del experimento surgido en la Rusia de 1917 se ofrecía aún en 1971, no obstante sus notorias mataduras, como una retaguardia que a los pobres, a los condenados de la tierra (así Martí y Fanon nombraron a Caliban) les daba entre otras cosas la esperanza de lo que Samir Amin llamaría “la desconexión”. En trabajos sucesivos del libro se asiste al crecimiento de la derecha mundial y a las vicisitudes del fracaso del experimento ruso y del de su

zona de influencia, crecimiento y fracaso que los países pobres (la inmensa mayoría del planeta) no podían recibir con alborozo. La caída del Muro de Berlín es también una imagen, pero para disfrute exclusivo de Próspero, quien está entregado ahora a levantar otros muros, nada imaginarios (por ejemplo, el literal entre los Estados Unidos y México; por ejemplo, el de la xenofobia), esta vez no para separar al Este del Oeste, sino al Norte del Sur.

Desgraciadamente, nada hace pensar que la dolorosa aunque fiera imagen de Caliban tienda a ser innecesaria, porque se hubiese desvanecido la temible imagen de Próspero. Por el contrario, hoy, a más de medio milenio de 1492, cuando se inició el actual reparto de la Tierra; a más de un siglo del 1898 que reveló nuestra patética modernidad (de lo que tanto Cuba como Puerto Rico pueden dar ejemplos singulares), tiene más vigencia que nunca. Es deber nuestro insistir en que, si la humanidad no es otro experimento fallido de la Naturaleza, sólo saldrá a flote (en caso de hacerlo) con la rosa náutica toda en las comunes manos constructoras.

R. F. R.

La Habana, diciembre de 2001.